

**ECONOMÍA Y DEMOCRACIA. UNA DIFÍCIL CONVIVENCIA.
REFLEXIONES PARA SEGUIR CREYENDO QUE OTRO MUNDO ES POSIBLE¹**

Lic. Graciela Landriscini
*Cátedra Economía Social- Facultad de Economía y Administración.
Universidad Nacional del Comahue*

RESUMEN

El presente documento plantea reflexiones en torno a la dificultad de articulación de la economía de los mercados, particularmente, en la forma actual de su desenvolvimiento, con la democracia como forma política de inclusión y desarrollo ciudadano. La reflexión llega hasta el propio papel de los economistas contrastando economía de mercados y economía social.

El documento señala que la función del economista como científico social, no debe constreñirse al análisis de los fundamentos nacidos de la elección individual racional. Asimismo, la investigación económica no puede perder de vista su objetivo central, que no es otro que el de ofrecer y testar la validez de teorías útiles, capaces de describir de manera convincente las experiencias, las acciones económicas individuales y colectivas de los hombres viviendo en sociedad, sino, también, servir de guía en la búsqueda de soluciones prácticas para los problemas económicos específicos de todo hombre y de todos los hombres.

Finalmente, el documento señala que todo análisis en términos de economía social, tiende a reanudar la tradición más antigua y quizás la más noble de la economía política: concebir las actividades productivas del hombre en función del sentido que ellas pueden tener para la colectividad en su conjunto.

1. INTRODUCCIÓN

Estas reflexiones teóricas y para la acción, parten de seguir el consejo de Joan Robinson, economista crítica de la visión de la competencia perfecta fallecida en 1983.

¹ Presentado en las Jornadas: *Dos décadas de democracia en Río Negro y Neuquén: instituciones, actores, imaginarios, balances y perspectivas*. Universidad Nacional del Comahue. Neuquén, noviembre de 2003.

Ella nos enseñó lo importante que era **“estudiar Economía para no dejarnos engañar por los economistas”**.

A partir de ello, es que consideramos a la Economía como una ciencia social, lo que implica, resistir la ortodoxia económica; y equivale a sostener que la esencia del sistema económico capitalista o de mercado, tiene algo más que simples **“fallos”**, entendidos como **“fallas de mercado”**.

¿Pueden caracterizarse como **“fallas del mercado”** los hechos que muestran que: el 70 % de los niños menores de 14 años, son hoy pobres en la Argentina, el 55% de los argentinos son pobres y más del 21% son indigentes? ¿Pueden explicar los análisis que se basan en **“las fallas en el funcionamiento de los mercados”** que 7 millones de argentinos de los sectores medios, han pasado, en lo que va del año 2002, a integrar la categoría de **“nuevos pobres”** y que de seguir la situación actual, ellos y sus hijos pasarán progresivamente a integrarse a la nueva pobreza estructural de la Argentina del siglo XXI?

¿Puede convivir la democracia como forma de organización política con la ortodoxia del mercado, como forma de organización económica?

La ortodoxia económica, cuyas políticas se han expandido como posición dominante u oficial, en Economía y política económica desde hace dos siglos por el mundo occidental, por América Latina y Argentina, como **“pensamiento único”** hoy sobre toda la humanidad, pretende consolidar la idea del mercado como mecanismo, esencialmente, eficiente de asignación de recursos y de resolución del bienestar del sujeto económico.

De acuerdo a esos principios y los valores del individualismo, la ortodoxia económica ha sostenido, a través del tiempo, la primacía del interés del sujeto por encima de la sociedad; ha impuesto el supuesto de la inexistencia del conflicto de intereses, en la producción y la distribución. De esta manera, ha negado el debate sobre la teoría del valor **“trabajo”** y sus implicancias, en cuanto al reparto del producto y el ingreso, y, con ello, las conexiones de lo económico con lo político y lo social, como una base alternativa sobre la cual construir nuevos desarrollos de la Micro y Macroeconomía; y de la Economía Internacional.

2. LA CUESTIÓN DE LA PRODUCCIÓN Y LOS MERCADOS, COMO EXPRESIÓN DE LAS PREOCUPACIONES DE LA ECONOMÍA POLÍTICA O SOCIAL Y DE LA ECONOMÍA A SECAS

La cuestión que subyace a los debates de sí la Economía debe ser politizada o no-discusión que nació con la disciplina hace más de doscientos años y que, antes de eso, debatieron por siglos filósofos y pensadores que ligaron la cuestión económica a la moral y a la justicia -; se ha profundizado, en la medida que sigue en el centro de dicho debate la pretensión positivista y neopositivista de que la Economía puede, como otras ciencias más maduras, ser dotada de un contenido científico y objetivo, alejado de cuestiones ideológicas.

Por lo tanto, **cuestionar dicha visión más cercana a la pura ideología que a la ciencia, equivale a optar por la denominación de Economía Social o Economía Política**. Ello implica, poner el centro de interés como objeto de estudio, en los

comportamientos, relaciones y estructuras que se manifiestan en la sociedad, en cada sociedad, en cada tiempo y lugar, en relación con lo económico.

En el mismo sentido, implica reconocer que la organización capitalista de mercado, es una etapa histórica de la humanidad y los principios que rigen las conductas en ella, no son extrapolables a toda sociedad o momento histórico, ni pueden ser entendidos como universales y ahistóricos, más allá de las pretensiones de los modelos construidos por los economistas neoclásicos y sus seguidores de la ortodoxia económica. La diferencia de posiciones, entonces, refiere a sí se da más importancia relativa a los mercados o a la producción, a la hora de analizar la economía capitalista. **El enfoque ortodoxo prefiere hablar y profundizar acerca del análisis de los mercados, mientras que la posición alternativa o “heterodoxa” adopta la perspectiva de la producción.**

Ello significa que, en el “**enfoque ortodoxo**”, la cadena conceptual da cuenta de categorías como **individuo- escasez- elección- eficiencia-intercambio-mercado- economía de mercado**. En el “**enfoque heterodoxo**”, por el contrario, dicha cadena tiene su eje en categorías como: **sociedad- reproducción-trabajo-producto social-excedente- modo de producción-capitalismo**. (Diego Guerreo, Manual de Economía Política, 2002). Veamos las implicancias de cada uno:

1. **El enfoque ortodoxo parte del individuo-** concebido como algo anterior, previo a la sociedad y a sus divisiones-, lo supone dotado de necesidades ilimitadas junto a una serie de recursos (o medios) que son limitados. Al relacionar dichos medios con los objetivos que persigue (que equivalen a la mayor satisfacción posible de esas necesidades ilimitadas), los recursos aparecen, básicamente, como **recursos escasos**. Por consiguiente, la cuestión que se plantea a cada uno en su comportamiento económico es **cómo resolver o asignar los recursos frente a esa escasez**. O dicho de otra manera, cada individuo o agrupación de individuos, se enfrenta al problema de la **elección** como problema central de la economía; y lo más importante en toda elección, desde el punto de vista económico, es que sea **eficiente**, es decir, que se consiga la **máxima** cantidad posible de objetivos (con unos recursos dados) o bien- lo que es equivalente- que dados unos objetivos determinados, se requiera la **mínima** cantidad posible de recursos para su consecución.

Ahora bien, en la naturaleza humana habría-según esta interpretación- un instinto al **intercambio**-del que habló Adam Smith como uno de los móviles fundamentales de la conducta individual- que hace de nuestra especie, un colectivo capaz de satisfacer sus problemas económicos de forma por lo general eficiente. Para ello, lo que se requiere es que libremente los individuos, al pactar vivir en sociedad, se doten de las instituciones políticas para dirimir conflictos de intereses entre sus miembros. Se escogerá la mejor organización social y económica posible, que será aquella en la que puedan expresar esta tendencia innata al intercambio, la que consolidada y desarrollada se convierte en la institución generalizada de los **mercados**.

Inspirándose en el argumento de Smith, los economistas ortodoxos, creen que la sociedad organizada económicamente basándose en mercados, es la única sociedad **natural**. Esta forma de economía natural, llega a su máxima y más perfecta expresión cuando todo lo económico se subsume bajo la forma de intercambios mercantiles libres,

generalizados y universalizados. Al existir un mercado para todo (incluido para el trabajo), lo que se tiene es la **economía de mercado**, como forma “más natural y óptima” de organizar económicamente la sociedad.

2. **El argumento heterodoxo, parte de la sociedad** y comprueba que la sociedad humana, como cualquier sociedad viva, sólo puede **reproducirse** o perecer. Para su reproducción, los humanos llevan a cabo una serie de actividades que llamamos **trabajo social**, constituye un conjunto de procesos laborales diferenciados, según el grado de desarrollo social alcanzado, cuyo resultado global es el **producto social**. En dicho producto social, debe estar contenido, en primer lugar, todo lo necesario para reproducir las fuerzas productivas que la sociedad gasta en la realización de su propia actividad productiva (**medios de producción y medios de consumo** de los que llevan a cabo la producción, es decir los productores) y puede haber, además, un **excedente**, que sería simplemente el exceso que supone el producto social íntegro, más allá de ese **producto necesario** requerido por la reproducción social a una escala inalterada.

Sin embargo, desde que aparece ese excedente, existe la posibilidad de que la sociedad se convierta en una **sociedad de clases** (es decir que una parte de la misma habiendo participado o no de la producción, se apropie de ella o de más de lo aportado proporcionalmente, vía el “intercambio”).

Esto transforma a la cuestión de la distribución, o sea la forma en que se determinan tales procesos de participación en la producción, el reparto y uso final del excedente global, en un aspecto muy importante del conjunto de relaciones sociales que determinan el **modo de producción** adoptado por cada sociedad (o sea las relaciones sociales que por referirse a la producción se denominan **relaciones de producción**). Una de esas formas, ha sido y es la organización capitalista o modo de producción capitalista, llamado, también, **capitalismo**.

Esto significa que no siempre ha habido capitalismo. Dicho sistema, no se basa en ninguna propiedad natural o intrínseca a la naturaleza humana, sino, que es, más bien, el producto de una determinada evolución histórica y social. No tiene por qué ser considerada como eterna (como lo hacen los ortodoxos), sino, que **puede ser** sustituida, a futuro, por otros modos de producción diferentes.

Lo anterior, lleva a discutir el esquema de circulación económica de la economía ortodoxa, que divide la economía de mercado en dos sectores: **empresas y familias**, en el que las familias se dividen en **propietarios y consumidores** y el Gasto Nacional se compone de consumo privado o familiar, mientras la suma de las rentas pagadas por el uso de los servicios de los factores productivos, componen la Renta Nacional. Ello por cuanto, el sector familias, en la visión ortodoxa, es concebido como una suma de individuos y no una auténtica sociedad, dividida en clases sociales, con distintas capacidades adquisitivas y pautas de consumo derivadas de sus ingresos y de su posicionamiento socioeconómico.

Junto a ello, corresponde remarcar que la visión de identificar gasto o demanda y consumo privado, tiende a hacer olvidar que, en la práctica, el consumo privado sólo constituye una pequeña fracción del total de la demanda mercantil que se presenta en los

mercados, dado que el consumo privado, es sólo una parte de la demanda final que, a su vez, es sólo una parte de la demanda total.

Además, es importante no olvidar que tampoco se puede tomar la demanda solvente o efectiva, como sinónimo de la demanda de la sociedad, la que representa necesidades sociales reales, ya que sólo se trata de los requerimientos con capacidad adquisitiva real, en un estado dado de la sociedad. O sea que cada vez que los consumidores deciden por una u otra mercancía, en el mercado, no lo hacen votando democráticamente, con libertad plena de elección, sino, que lo hacen de acuerdo a sus posibilidades, en términos de ingresos, definido por el sector social que integran y su inserción económica.

3. EL MALESTAR DE LAS ECONOMÍAS MODERNAS DE MERCADO. SOBRE LA ECONOMÍA SOCIAL, EL TERCER SECTOR Y LA SOCIEDAD CIVIL

La gran crisis de 1930, puso en evidencia que la teoría del mercado perfecto se concentra, casi exclusivamente, en un equilibrio de largo plazo, imposible de ser alcanzado en un mundo de constante cambio. En este mundo, los procesos dinámicos del desarrollo de las economías modernas de mercado, encuentran obstáculos no previstos, que resultan de relaciones económicas que nunca son puramente lógicas y que son capaces de frenar bruscamente el crecimiento.

O sea, dicho de otro modo, el contacto entre sujetos en el marco de la “competencia” puede, en las economías reales, desembocar en un desequilibrio macroeconómico de grandes proporciones, como el actual, con desempleo masivo y deterioro social generalizado en las tres cuartas partes de la humanidad; mientras se alcanzan niveles inimaginables de avance tecnológico y de vida, en determinados países y grupos sociales, asistimos a la mayor desigualdad de ingresos, lo que desencadena, día a día, el creciente rechazo y la resistencia de millones de seres humanos sumidos en la miseria.

En la segunda mitad del siglo, la participación del Estado, a través de la política monetaria y fiscal, alimentó la ilusión de que los graves desequilibrios de corto plazo eran cosas del pasado, como la Gran Depresión de los años treinta. **Al mismo tiempo, se generalizó la idea de que podían convivir democracia y mercado.**

Se supuso que las economías de mercado, podían crecer sin grandes crisis y con una ascendente equidad en la distribución del ingreso, fortaleciendo de este modo la cohesión social y el compromiso democrático de la población. Pero, la crisis del Estado que se inició en el último cuarto de siglo, entre los desequilibrios de las cuentas y la propia organización, sepultó esta ilusión.

Asimismo, la integración creciente, a escala mundial de las economías nacionales, sirvió para que muchos soñaran con un retorno al mundo de los mercados competitivos, equilibrados y dinamizados por el impulso emprendedor del sector privado de la economía. Para éstos, sólo el mecanismo de mercado, libre de las distorsiones múltiples provocadas por la participación creciente del Estado, resultaría capaz de devolver a las economías modernas el dinamismo perdido.

De este modo, a partir del resurgimiento del **“fundamentalismo de mercado”**, la vieja polémica **mercado vs Estado**, adquirió proporciones desmesuradas, en tanto el concurso del mercado y del Estado no agotaron la realidad económica de las sociedades contemporáneas. Entre las posiciones extremas de **“todo mercado”**, globalización y exaltación de la autonomía individual de mercado; y la del colectivismo absoluto, se ha recuperado el valor de la economía social como alternativa, la capacidad del tercer sector y la sociedad civil, para definir nuevos rumbos en los comportamientos económicos. La historia ha dejado al desnudo el fracaso de los absolutismos de **“todo mercado”** y **“todo Estado”**, ha renacido la visión de la participación horizontal y el pensamiento social.

Estas posiciones, superan el principio individualista de que en la vida del hombre en sociedad, lo único verdaderamente real es el individuo, presentes en los análisis de Popper y Von Hayek y que la sociedad es la suma de actos individuales, por medio de los cuales, los seres humanos se relacionan entre sí. Del mismo modo, superan la visión que lo propiamente real, en las relaciones individuo–sociedad, son las totalidades sociales. Por ejemplo, la conducta individualista del **“homo economicus”**, se asienta en el contrato o pacto social basado en el utilitarismo, en la satisfacción de las preferencias personales, que reduce a las relaciones sociales a instrumentos al servicio de la maximización de las preferencias individuales. El funcionamiento del mecanismo de mercado, es, en esta concepción, el vehículo a través del cual se opera el milagro que permite conciliar la naturaleza humana, estrictamente individual, con la necesidad de la cooperación social, logrando una especie de equilibrio mágico y automático entre los intereses individuales y colectivos, definido como óptimo social o eficiencia económica.

El **“milagro del mercado”**, para esta visión, consiste en que la orientación hacia sus intereses individuales, alienta a las personas a utilizar los medios económicos de la forma más ventajosa para la sociedad en su conjunto, sin que ello requiera una planificación consciente. De este modo, el mecanismo de mercado, entendido como **“mano invisible”** y gratuita, se encarga de orientar una división funcional del trabajo, la utilización eficiente de los recursos disponibles y una eficaz coordinación de las actividades económicas, a pesar de que, en sus decisiones económicas concretas, los individuos tengan en cuenta sólo la respectiva ganancia personal.

En síntesis, el autointerés y la racionalidad, con la suave coacción de la **“mano invisible”**, harían surgir, en las modernas economías de mercado, un orden social en el que sean posibles la convivencia y la cooperación beneficiosas. El mercado libre, se convierte, según esta visión, en una fuente de donde mana no sólo el bienestar económico, sino, también, la moral y la virtud individual.

En función de lo anterior, surgieron infinidad de críticas desde el pensamiento económico contemporáneo. El centro de ellas, fue el reconocimiento de las diferencias sustanciales que existen entre la racionalidad maximizadora individual y la racionalidad colectiva, diferencias que amenazan con romper el vínculo causal entre la búsqueda del bien individual y la obtención colectiva del bien común.

La búsqueda de ideas alternativas, dio origen a un pensamiento crítico en economía que incorpora, al análisis económico, las perspectivas humanas y sociales; y el contexto social, del comportamiento económico. Ellas dan cuenta de que dicho análisis, no puede

ser autónomo de la **visión** y el juicio político- social preanalíticos, pretendidamente ausentes en el análisis tradicional mecanicista del comportamiento del “**homo economicus**”, guiado por la simple maximización.

Se entiende por visión, el conjunto de nociones frecuentemente inarticuladas que configuran el marco preanalítico de cognición; aquel que antecede a la estructura analítica del pensamiento económico con pretensiones científicas y que la condiciona de distintas maneras. La visión, formada por actitudes y valores desde los que parte el análisis científico, integra temores y esperanzas políticos, estereotipos sociales y juicios de valor e influye, en forma decisiva, en el trabajo analítico posterior.

Por ello cabe reconocer que a la luz de los dramáticos efectos de la ortodoxia, en el pensamiento económico y la política de él resultante, se hace necesario acompañar las nuevas corrientes de pensamiento, la propuesta de acción individual y colectiva en Economía, las que parten de la consideración de los sujetos económicos como actores sociales, como parte de grupos con posiciones e intereses concretos, insertos en sociedades particulares, con una organización económica específica vigente en un tiempo y un lugar.

En tal sentido, se viene construyendo una Nueva Economía Política cuya premisa básica se asienta sobre la acción colectiva. Olson, en sus obras, acepta explícitamente que en situaciones caracterizadas por la ausencia de información completa y perfecta, donde los individuos, son incapaces de anticipar las acciones de los demás y/o forzar el cumplimiento de lo acordado en los diferentes intercambios, la racionalidad individual no es suficiente para alcanzar la racionalidad colectiva. Esta premisa básica, se integra con otros postulados que incorporan al análisis del comportamiento individual la consideración de la libertad, la acción política y la aceptación explícita del rol clave que juegan las instituciones jurídicas y políticas, en los incentivos económicos para la acción individual.

De este modo, se resignifica la coordinación y la cooperación humanas. Hace su aparición, la noción de compromiso ligado al funcionamiento de determinadas instituciones sociales, capaces de hacer cumplir los acuerdos con o sin coerción. Cuando estas instituciones, involucran al Estado surge el problema central de la credibilidad de las políticas gubernamentales, no sólo en cada momento, sino, también, en relación con el futuro.

De allí la necesaria consideración de la existencia, en la realidad, de una interacción entre el Estado, el mercado y la sociedad civil a través de sus organizaciones en la dinámica de la economía. En un mundo donde existen incertidumbres económicas, la extensión del mecanismo de mercado no puede ser completa. Y si los mercados son incompletos e imperfectos, es imposible que se opere una coordinación entre agentes de la producción; y del consumo de bienes y servicios. En estos casos, el Estado puede disponer políticas que incorporen mejoras a la asignación de recursos productivos, las que sólo serán óptimas, bajo condiciones muy especiales. Por ello cabe indagar en la relación entre **eficiencia y equidad**.

En las economías actuales, participan del sistema productivo los tres sectores: el privado, el Estado y el sector social; los que compiten entre sí en los mercados de trabajo, dinero, tierras, bienes y servicios. En este mundo de interrelaciones continuas de los

sectores, que funcionan con imperfecciones continuas, la eficiencia y la equidad no pueden separarse totalmente.

Del mismo modo que familias y empresas concurren al mercado, el Estado provee bienes y servicios públicos, como mecanismo de redistribución y atención de las necesidades sociales básicas. El trabajo voluntario y del tercer sector, cooperan como actos productivos, sin fines de lucro, a los fines redistributivos, aportan así, al ejercicio de la libertad y a la capacidad.

En una economía donde las políticas relacionadas, tanto con el consumo como con la producción, donde las políticas dirigidas a mejorar tanto la eficiencia como la equidad, son todas mutuamente dependientes. El diseño de las políticas económicas no puede prescindir totalmente de las consideraciones sociales y éticas. Proveer equidad, a través de los mecanismos e iniciativas variadas de economía social, es a la vez apuntar a la acumulación de capital social, entendido como lazos de cooperación y confianza que aportan a un desarrollo sustentable.

En función de lo anterior, concluimos que hacer Economía Social no es ni más ni menos que otra manera de hacer Economía Política.